

78. **El arte de morir**

Según Krishnamurti

ego

Compilado por:
Enrique González Ospina.
Cel: 315-3357297

“La muerte debe ser algo extraordinario, como lo es la vida. La vida es algo total. El dolor, la pena, la angustia, la alegría, las ideas absurdas, la posesión, la envidia, el amor, la dolorosa desdicha de la soledad... todo eso es la vida.

Y para comprender la muerte, tenemos que comprender la totalidad de la vida, no tomar sólo un fragmento de ella y vivir con ese fragmento, como lo hace la mayoría de nosotros.

En la comprensión misma de la vida, está la comprensión de la muerte, porque ambas no están separadas.”

Krishnamurti



El arte de morir

“Ocurra lo que ocurra en el más allá, sólo puede ser el resultado de un impulso iniciado aquí en la tierra.”

Keyserling

Hay tres cosas que debemos entender bien a fondo si hemos de comprender el momento total de la vida: el tiempo, el sufrimiento y la muerte.

¿Miedo a la muerte?

¿Por qué le teme usted a la muerte? ¿Será, acaso, porque no sabe cómo vivir? Si supiera cómo vivir en plenitud, ¿tendría miedo de morir?

Si amara los árboles, la puesta de sol, la hoja que cae, si amara a los pájaros, si estuviera atento a los hombres y mujeres que sufren y lloran, a los pobres, y si de veras sintiera amor en su corazón, ¿temería a la muerte? ¿Le temería?

Posiblemente usted no vive con alegría, no es feliz, no es vitalmente sensible a las cosas; ¿por esta razón pregunta qué va a ocurrir cuando muera? La vida es para usted dolor y, por eso, está mucho más interesado en la muerte. Siente que, tal vez, habrá más felicidad después de la muerte, puesto que no la hay ahora.

Percibir el estado de la muerte

Tenemos miedo de morir. Para terminar con el miedo a la muerte debemos entrar en contacto con la muerte, no con la imagen que el

pensamiento ha creado de la muerte, sino que de verdad debemos percibir el estado de muerte. De lo contrario no hay final para el miedo, porque la palabra *muerte* genera miedo, y ni siquiera queremos hablar de ella.

Siendo sanos, normales, capaces de razonar claramente, de pensar con objetividad, de observar ¿es posible para nosotros entrar totalmente en contacto con la muerte? El organismo, a causa del uso, de la enfermedad, finalmente morirá.

Si estamos sanos, queremos saber qué significa la muerte. No es un deseo morboso, porque quizás al morir comprendemos el vivir.

Para descubrir qué es el vivir, así como para descubrir qué es el morir, uno debe entrar en contacto con la muerte; es decir, uno debe terminar cada día con todo lo que ha conocido, como sucede en la noche en el estado de sueño sin sueños.

Debe terminar con la imagen que ha elaborado respecto de sí mismo, de su familia, de sus relaciones, la imagen que ha formado a causa del placer, de su relación con la sociedad, con todo.

Eso es lo que va a suceder cuando la muerte ocurra.

Vivir cada día muriendo. El alma

¿Sabe usted qué significa entrar en contacto con la muerte, morir sin argumento alguno? Porque la muerte, cuando llega, no argumenta con usted.

Para enfrentarse a ella tiene usted que morir cada día para todas las cosas: para su angustia, para su soledad, para la relación a la que se apegó; tiene que morir para su pensamiento, para sus hábitos, morir para su pareja, de modo que pueda mirarla cada día de un modo nuevo; tiene que morir para su sociedad, a fin de que usted, como ser humano, sea nuevo, lozano, joven y desde ese estado pueda considerarla.

Pero usted no puede enfrentarse a la muerte si no muere cada día. Sólo cuando uno muere para lo conocido, hay amor.

Una mente atemorizada no ama; tiene hábitos, simpatía, puede forzarse a ser amable y superficialmente considerada. Pero el miedo engendra sufrimiento, dolor psíquico, y ese dolor es tiempo en forma de pensamiento.

En consecuencia, terminar con el sufrimiento es entrar en contacto con la muerte mientras uno esté vivo, muriendo para su nombre, para su casa, su propiedad, su causa, porque eso es lo que va a ocurrir cuando uno muera; así, fresco, joven, claro, puede estar presente a la hora de la muerte, viéndola tal como es, sin distorsión alguna, atento, perceptivo, frente a eso, sea lo que sea.

Pero tememos una muerte limitada a lo físico.

Sabemos muy bien, lógicamente, sanamente, que el organismo va a llegar a su fin. De modo que inventamos una vida que ya hemos vivido, una vida de angustia cotidiana, de problemas crecientes con su estupidez; esa es la vida que queremos llevar al otro lado, y la llamamos “*alma*”, de la que decimos es la cosa más sagrada, una fracción de lo divino.

Pero esa “*alma*” sigue formando parte de nuestro pensamiento y, por lo tanto, no tiene nada que ver con la divinidad.

De manera que uno tiene que vivir cada día muriendo; muriendo, porque entonces está uno en verdadero contacto con la vida, de instante en instante.

En la muerte está la inmortalidad. El morir del “yo”

Sólo en el morir hay renovación. Sólo en la muerte algo surge a la existencia. Esto no es un consuelo a su miedo. No. Esto no es algo en lo que pueda creer o pensar, o pueda analizar y aceptar intelectualmente, porque entonces lo convertirá en otro consuelo, tal como ahora cree en la reencarnación o en la continuidad en el más allá...

Pero el hecho real es que, para aquello que continúa, no hay renacimiento, no hay renovación. Por lo tanto, la renovación, el renacimiento está en el morir de cada día.

Eso es la inmortalidad.

En la muerte está la inmortalidad; no en la muerte que usted teme, sino en la muerte de sus conclusiones previas, de sus recuerdos, de sus experiencias, de su conocimiento, con todo lo cual usted se ha identificado como el “yo”.

En el morir del “yo” en cada instante hay eternidad, hay inmortalidad, hay algo que ha de vivenciarse... No es algo para que se especule o se diserte al respecto, como hace usted con la reencarnación, la resurrección de los muertos, la salvación de las almas, el purgatorio, y toda esa clase de cosas...

Cuando uno ya no tiene miedo, porque hay un morir en cada instante y, por lo tanto, una renovación, entonces se halla abierto a lo desconocido. La muerte es también lo desconocido.

Pero afirmar que la muerte es bella, maravillosa, porque continuaremos en el más allá, y toda esa insensatez, carece de realidad.

Lo real es ver la muerte como es: un final en el que hay renovación, renacimiento, no una continuidad. Porque aquello que continúa se deteriora, y lo que tiene el poder de renovarse a sí mismo es eterno.

La reencarnación es egoísta

Posiblemente usted desea que vivirá otra vida, pero en ese deseo no hay sabiduría. La búsqueda de inmortalidad por medio de la reencarnación es, esencialmente, egoísta; el deseo de que el ego continúe. Por lo tanto, no es verdadera.

Nuestra búsqueda de inmortalidad es sólo otra forma de deseo de que continúe mi amado “yo”, que es una ilusión. Un anhelo semejante sólo puede conducirnos a más ilusión, más alucinaciones.

Lo que importa, pues, no es si hay reencarnación, sino comprender la plenitud del momento presente, volver a la clara experiencia del momento presente, el retorno constante al eterno Ahora, al presente, una y otra vez.

Esto significa que uno debe pensar y actuar de una manera completamente nueva. Debe liberarse de la red de valores falsos que la cultura

nos ha impuesto. Tiene que haber una total desnudez interna. Entonces existe la inmortalidad, que es la realidad.

¿Existe una cosa como el alma?

Para comprender esta cuestión de la muerte, deberíamos liberarnos del miedo, el cual inventa las diversas teorías de la vida futura, o la inmortalidad, o la reencarnación, o la resurrección de los muertos...

Así que decimos –lo dicen en Oriente– que existe la reencarnación, que hay renacimiento, una renovación constante que continúa y continúa: el alma, lo que llamamos el alma.

Pero, ¿existe tal cosa? Nos gusta pensar que existe, porque eso nos da placer, porque es algo que hemos colocado más allá del pensamiento, más allá de las palabras, más allá; es algo eterno, espiritual, que jamás puede morir, y entonces el pensamiento se aferra a eso.

Pero, ¿existe una cosa como el alma, una cosa que está más allá del tiempo y del pensamiento, algo no inventado por el hombre, algo que se encuentra más allá de la naturaleza humana, que no ha sido elaborado por la mente astuta?

Porque la mente ve esta enorme incertidumbre, esta confusión, ve que en la vida no hay nada permanente, nada, absolutamente nada. La relación que tenemos con nuestra pareja, con nuestro empleo, con las cosas, nada de eso es permanente.

Entonces la mente inventa algo que sea permanente, y lo llama alma.

Pero, dado que la mente piensa en eso, tal cosa sigue estando dentro del campo del tiempo, que es otra creación de la mente.

Es obvio. Si puedo pensar en algo, eso forma parte de mi pensamiento. Y mi pensamiento es el resultado del tiempo, de la experiencia, del conocimiento. De modo que el alma está aún en el campo del tiempo... mental.

Así pues, la idea de la continuidad de un alma, que renacerá una y otra vez, no tiene sentido, porque es la invención de una mente atemorizada, de

una mente que desea y busca una duración a través de la permanencia, que anhela certidumbre, porque en eso hay una esperanza.

La vida y la muerte son la misma cosa

Para Krishnamurti, la muerte tiene dos ámbitos: la muerte corporal, tras la cual no se sabe qué es lo que adviene, y la muerte interna, psicológica, que es la muerte constante de todas las cosas e ideas de cada momento, de cada instante.

En esta muerte se pone fin a algo viejo, para dar paso a algo nuevo.

Toda persona quiere saber qué hay más allá de la muerte, pero para conocer qué hay al final se debe empezar por el principio. Primero hay que dedicarse a indagar en qué consiste la vida:

“¿Cómo se puede averiguar lo que está más allá si no se sabe qué es la vida?”

Krishnamurti

La vida es más importante que la muerte y es preferible comprender la primera antes que preocuparse por lo que habrá después de la segunda.

Para aclarar la incógnita de la vida hay que despejar la confusión sobre uno mismo. Clarificar lo que tenemos en el interior, para saber la verdad de lo que es la vida, consiste en renunciar a cada pensamiento que no sea práctico mediante su comprensión.

En esta auténtica penetración la persona se adentra objetivamente en la cuestión de la vida. Para la mayoría, la vida se reduce al “yo”, y este “yo” se reduce a un apego (posesiones, ideas, sufrimientos, personas...). Entonces, la muerte constituye para todos el final de todos esos apegos.

Pero para que finalicen estos apegos no es necesario esperar a que llegue la muerte. Puede suceder ahora, en este instante. La negación como terminación forma parte de la vida y supone pequeñas muertes cotidianas con las que es necesario convivir. Al hacerlo, surge la renovación.

El sentido de terminación, de instante en instante, aporta vitalidad, plenitud, y comprensión.

Los apegos, los odios, los deseos, las frustraciones, las ilusiones... terminan. Entonces, la vida y la muerte son la misma cosa, pues constituyen un único movimiento que lo abarca todo.

Pero la mentalidad del hombre sigue dividiendo, separa constantemente la vida de la muerte, pero la realidad es una: la vida y la muerte se comprenden mutuamente, van juntas, caminan tomadas de la mano.

Morir cada día, de instante en instante, significa abandonar ya todas las creencias y pensamientos, y no esperar al último día; es abandonar todo lo conocido y adentrarse en lo nuevo, en lo eterno, que es Ahora.

Una conciencia así, que no está cargada de pasado, es ligera, tiene espacio para todo lo que surge de nuevo, es una conciencia de todos. Su contenido es el contenido universal, nunca el particular. En vez de centrarse en los pensamientos propios, se abre al mundo y a todos, es una conciencia renacida:

“Cuando morimos hay un final para todo lo que conocemos ¿No puede, pues, morir ahora para todo lo que conoce? Entonces descubrirá por sí mismo qué es la verdad en la que no hay ilusión alguna, nada que sea personal. No es mi verdad o su verdad. Es la Verdad.”

Krishnamurti

Vida y muerte, un único movimiento

El hombre tiende a fragmentar todos los aspectos de la vida. Luego se da cuenta de que lo ha desmenuzado tanto, que no sabe cuál es su globalidad, ni su forma original.

¿Por qué intenta separar la vida de la muerte sin saber en qué consisten?
¿Por qué?

Para entender la muerte hay que acercarse a la vida de un golpe y ver cuál es su realidad: un auténtico caos, un verdadero desorden.

Donde está la muerte no hay vida, por lo tanto, donde no hay desorden existe un perfecto orden, que es la muerte limpia: termina con todo el caos anterior, es el fin. La terminación del desorden adviene con su comprensión:

*“El orden entendido como ausencia del conflicto.”
Krishnamurti*

¿Qué significado tiene la vida si luego todo termina, sin que nada de lo conquistado permanezca? En esta común pregunta hay un error: atribuir a la vida un sentido que no posee. La vida no es como una carrera, no es una competición que debe ganarse. Tampoco es tiempo, sino presente: acción para vivirla.

“La vida es la existencia momentánea”

A la vida se le atribuyen mil ilusiones, como la esperanza del futuro o la continuidad permanente. La medimos en términos de tiempo y de triunfos, la poseemos y la guardamos en el bolsillo.

Los desengaños no tardan en llegar: la vida no es patrimonio de nadie, ni de nada; no es exclusiva, como todos piensan, y se escabulle en un instante.

El hombre ha apartado la muerte lejos de sí, la ha arrinconado hasta el último instante de su vida, en el cual no tendrá más remedio que conocerla.

Las personas se ciñen a lo que conocen porque creen que eso les otorga seguridad: los recuerdos, el pasado, sus experiencias, el conocimiento adquirido. En cambio, lo desconocido se rechaza automáticamente, es algo que se vuelve malo, peligroso, perjudicial.

“El pensamiento, lo conocido, es quien realiza la tarea de dividirlo todo: la vida y la muerte, la bondad y la maldad... Se piensa que esta forma de disecación de la vida, de apropiación de los hechos, redundando en permanencia; se cree que poseer es sinónimo de eternidad.

La posesión, no sólo física sino también mental, es vivir del yo, en el pasado. Vivir a través de los pensamientos es vivir en el ayer y en la ilusión.

El pensamiento es un refuerzo que acompaña constantemente, algo que se tiene siempre que se quiere. "Voy a pensar en..." casi equivale a decir: "voy a tener..."

Krishnamurti

La vida y la muerte son una totalidad

El dolor de la vida, que surge de la autocompasión, no se debe rechazar, ni tampoco aceptar, sino comprenderse, y para eso es necesaria una directa y atenta observación. Uno mismo es el sufrimiento, el dolor psíquico; hay dolor, hay observación atenta de eso, pero no existe algo así como un observador, como una entidad interna que observa.

El tiempo, el pensamiento, es el causante de ese dolor psíquico, pero la muerte no es como ese dolor, porque no se conoce. Constituye una gran incógnita que produce temor por este mismo desconocimiento; pero ¿cómo se puede comprender algo que es totalmente desconocido?

Para indagar en la muerte hay que aprender de la vida, y la vida entendida como continuidad no sirve: la continuidad, el tiempo, el pensamiento, es sólo causa de más dolor.

La muerte, igual que el amor, no es algo lejano y abstracto, sino que surge en cada momento. La muerte no es una extraña:

La mente que muere en cada instante, que jamás acumula, que nunca acopia experiencia, es inocente; por lo tanto, se encuentra en estado de constante amor."

Krishnamurti

De la misma manera que entre el interior de la persona y su exterior existe un único movimiento, una sola relación, la vida y la muerte también forman parte del mismo flujo.

Pero las fragmentaciones del pensamiento provocan que el ser humano se pierda en ambas: no se entiende la vida, no comprende la muerte, y no las percibe en su totalidad. Se piensa que en la separación hay un mejor entendimiento de las cosas, mientras que el resultado es todo lo contrario: se crea más y más confusión.

Morir cada día

¿Qué es la edad? ¿El número de años que uno ha vivido? Eso forma parte de la edad; uno ha nacido en tal año, y ahora tiene quince, cuarenta o sesenta años.

El cuerpo envejece, y lo mismo ocurre con la mente cuando está cargada con todas las experiencias, desdichas y fatigas de la vida; y una mente así jamás puede descubrir qué es la Verdad.

La mente puede descubrir algo sólo cuando es joven, fresca, inocente; pero la inocencia no es cuestión de edad. No sólo el niño es inocente, sino también la mente que es capaz de experimentar sin acumular los residuos de la experiencia.

La mente tiene que experimentar, eso es inevitable. Tiene que responder a todo, a la lluvia, al animal enfermo, al cuerpo muerto que llevan para la cremación, a los pobres campesinos que transportan sus cargas por el camino, a los gobiernos insensibles al sufrimiento de los pueblos, a las miserias de la vida; de lo contrario, la mente ya está muerta.

Pero tiene que ser capaz de responder sin quedar atrapada en la experiencia. La tradición, la acumulación de experiencias, las cenizas de la memoria, todo eso es lo que envejece a la mente.

Pero, la mente que muere cada día a los recuerdos del ayer, a todas las alegrías y los dolores del pasado, es una mente lozana, inocente, no tiene edad; y sin esa inocencia, ya sea que tenga diez años o sesenta, no encontrará a Dios.

La muerte está Aquí y Ahora

Cuando la mente, a causa de su temor, pone a la muerte lejos y la separa del diario vivir, esa separación sólo engendra más temor, más ansiedad, y la multiplicación de teorías acerca de la muerte.

Para comprender la muerte, usted tiene que comprender la vida. Pero la vida no es la continuidad del pensamiento; esta misma continuidad es la que engendra toda nuestra desdicha.

¿Puede, pues, la mente traer a la muerte desde lo distante a lo inmediato? ¿Entiende? De hecho, la muerte no está en alguna parte lejos de aquí; está Aquí y Ahora.

Está Aquí cuando hablamos, cuando nos divertimos, cuando escuchamos, cuando vamos a la oficina. Está aquí en cada instante de la vida, como lo está el amor. Una vez que percibe ese hecho, encontrará que no teme en absoluto a la muerte.

Uno tiene miedo no a lo desconocido, sino a perder lo conocido. Teme perder a su familia, teme quedarse solo sin compañía alguna; le tiene miedo al dolor de la soledad, a quedarse sin experiencias, a perder las posesiones que ha acumulado.

Lo que tememos es a abandonar lo conocido. Lo conocido es la memoria, y a esa memoria se aferra la mente. Pero la memoria es sólo una cosa mecánica, programada por la naturaleza para el proceso del cerebro.

La belleza de la muerte

Para comprender la belleza de la muerte y su naturaleza extraordinaria, tiene que haber libertad con respecto a lo conocido.

En el morir para lo conocido está el principio de la comprensión de la muerte, porque entonces la mente se purifica, se renueva, y no hay temor. Por lo tanto, uno puede penetrar en ese estado llamado muerte.

Así que, de principio a fin, la vida y la muerte son una sola cosa.

El hombre sabio comprende el tiempo, el pensamiento y el sufrimiento, y sólo él puede comprender la muerte.

La mente que muere en cada instante, que jamás acumula, que nunca acopia experiencia, es inocente; por lo tanto, se encuentran en estado de amor.

En la conciencia de sí- mismo no hay muerte

¿Qué entiende usted por muerte? La pérdida del cuerpo, la pérdida de la memoria; y espera y piensa y cree que después hay una continuación. Algo que se ha ido de aquí, eso es lo que se llama muerte.

Para Krishnamurti la muerte es producida por la continuación de la memoria, y la memoria no es sino el resultado del anhelo, del apego, del deseo.

De modo que para una persona que está libre del anhelo, no existe la muerte, no hay comienzo ni final, ni el sendero del amor, ni el sendero del sufrimiento.

¿Por qué dos senderos? En la persecución de un opuesto creamos una resistencia a lo que es. Si siento miedo, busco valor; no obstante, el miedo me persigue porque sólo estoy escapando de lo uno hacia lo otro.

Mientras que, si me libero del miedo, no conozco ni el valor ni el miedo; y la manera de hacer eso es volverse alerta, vigilante, consciente de lo que sucede dentro de sí mismo, y fuera de sí mismo, sin tratar de encontrar valor.

Cuando usted es consciente de sí-mismo, del suceder interno – pensamientos, emociones, sensaciones– usted no es ni lo uno, ni lo otro, porque todo ese suceder fluye. Usted es consciente de eso, pero usted no es eso.

Si usted tiene miedo, no busque un motivo para la acción del valor, sino libérese del miedo. Esa es la acción sin motivo. Si de verdad ha comprendido esto, verá que el tiempo, la muerte como futuro, ha cesado

La muerte no es sino la percepción de una intensa soledad, y así estando atrapados en la soledad, nos precipitamos hacia lo otro, deseamos la unidad, o queremos descubrir qué existe del otro lado.

Esas son maneras de perseguir los opuestos y, por lo tanto, maneras de sostener permanentemente la soledad, porque al querer huir de ella, la reforzamos.

Mientras que, al afrontar la soledad, al regocijarnos plenamente en esa acción tornándonos lúcidamente conscientes de la soledad, la disolvemos en el presente.

Por lo tanto, no hay muerte.

El deseo de continuidad crea miedo

¿Por qué existe el miedo a la muerte? El miedo existe cuando nos aferramos a la continuidad. La acción incompleta engendra el miedo a la muerte. Este existirá mientras exista el deseo de continuidad en el carácter, en el yo, en la acción, en la posesión, en el nombre...

En tanto haya acción en busca de un resultado, tiene que existir el pensador que busca la continuidad. El miedo surge cuando esta continuidad se ve amenazada por la muerte. Hay, pues, miedo a la muerte mientras exista el deseo de continuidad.

Lo que continúa se desintegra.

Cualquier forma de continuidad, por noble que sea, es un proceso de desintegración.

En la continuidad jamás hay renovación, y sólo en la renovación hay libertad respecto del miedo a la muerte.

Si viéramos la verdad de esto, veríamos la verdad en lo falso. Entonces habría liberación respecto de lo falso. En tal caso, no habría miedo a la muerte.

De este modo, el vivir, el experimentar está en el momento presente, porque no hay otro.

¿Es posible vivir renovándose de instante en instante? La renovación existe sólo en la terminación y no en la continuidad. En el intervalo entre la terminación de un problema y el comienzo de otro, hay renovación.

La mente no puede descubrir lo desconocido

La muerte, el estado de no continuidad, el estado de renacimiento, es lo desconocido. La mente, que es el resultado de la continuidad, no puede conocer lo desconocido. Sólo puede conocer lo conocido. Sólo puede actuar y tener su existencia en lo conocido, que es continuo. Por eso lo conocido teme lo desconocido.

Lo conocido jamás puede conocer lo desconocido, y así la muerte permanece siendo el misterio.

Pero, si hay una terminación de instante en instante, de día en día, en esta terminación se manifiesta lo desconocido.

La inmortalidad no es la continuación del “yo”. El “yo” y “lo mío” pertenecen al tiempo, son el resultado de la acción, dirigida a un fin, buscando un propósito.

“No hay, pues, relación entre el “yo”, “lo mío” y aquello que es inmortal, intemporal. Nos gustaría pensar que hay una relación, pero esto es ilusorio.

Aquello que es inmortal no puede ser encerrado en lo que es mortal. Lo inmensurable no puede ser atrapado en la red del tiempo.”

Krishnamurti

El pensamiento debe llegar a su fin

Hay miedo a la muerte donde hay búsqueda de realización personal. La búsqueda de realización, llegar a ser algo, no termina nunca.

El deseo está buscando y cambiando constantemente el objeto de realización, y así, está atrapado en la red del tiempo. Así, la búsqueda de realización propia es otra forma de continuidad, y la frustración busca en la muerte un modo de continuar.

“La verdad no es continua. La verdad es un estado del ser, y el ser es acción sin tiempo.”

Krishnamurti

Este ser puede experimentarse sólo cuando el deseo, que da origen a la continuidad, es comprendido de manera completa y total.

El pensamiento se basa en el pasado, porque es la reacción de la memoria; por lo tanto, el pensamiento no puede conocer lo desconocido, lo inmensurable.

El proceso del pensamiento debe llegar a su fin. Sólo entonces se manifiesta lo incognoscible.

El pensamiento debe terminar, debe morir

La muerte del cuerpo es inevitable.

La continuidad puede llegar a su fin, o puede ser alimentada y sostenida. Lo que tiene continuidad jamás puede renovarse. Jamás puede ser lo nuevo, jamás puede comprender lo desconocido.

La continuidad de algo es duración, y aquello que dura no es intemporal. Para que lo nuevo sea tiene que haber terminación. Lo nuevo no se encuentra dentro de la continuación del pensamiento.

El pensamiento es un movimiento continuo en el tiempo; este movimiento no puede contener dentro de sí un estado que no sea del tiempo. El pensamiento se basa en el pasado; su existencia misma es del tiempo.

“El tiempo no es sólo cronológico, sino que también es el pensar como movimiento del pasado a través del presente hacia el futuro; es el movimiento de la memoria, de la palabra, imagen, el símbolo, el registro, la repetición. La terminación del pensamiento es el comienzo de lo nuevo La muerte del pensamiento es vida eterna.”

Krishnamurti.

Para que lo nuevo sea, tiene que haber una constante terminación.

Lo que es nuevo no es continuo. Lo nuevo jamás puede estar dentro del campo del tiempo.

Lo nuevo está tan sólo en la muerte de instante en instante. Tiene que haber muerte todos los días para que lo desconocido sea.

El final es el comienzo, pero el miedo impide el final.

Pero, ¿qué es la muerte? Vivir es morir

Como el organismo físico se termina, la muerte es inevitable. ¿Pero, qué es morir?

Al final está la muerte, y antes está el problema de la vejez, perder la memoria, volverse senil, más y más inútil para la sociedad... y al final está la muerte como algo inevitable.

Como nos atemoriza, jamás hablamos de ella, o si hablamos tenemos teorías, fórmulas consoladoras, ya sea la “reencarnación” de Oriente o la “resurrección” de occidente.

O quizás aceptemos la muerte desde el punto de vista intelectual diciendo que es inevitable y que *“como todo muere, yo también moriré”*.

La racionalización, una creencia consoladora y un escape, son exactamente la misma cosa.

¿Pero qué es la muerte?

“Aparte de la entidad física que se termina, ¿qué es la muerte? Al formular este interrogante, uno debe preguntar también: ¿Qué es el vivir? Son dos cosas inseparables. Si uno dice “Deseo de verdad saber qué es la muerte”, jamás conocerá la respuesta a menos que sepa lo que es el vivir”

Krishnamurti

¿Qué es nuestra vida? Desde el momento en que nacemos hasta que morimos, consiste en una lucha interminable; es un campo de batalla, no sólo

dentro de nosotros mismos sino también con nuestros semejantes, con nuestras parejas, nuestros hijos, con todo, absolutamente con todo.

Es una batalla de dolor, sufrimiento, ansiedad, culpa, soledad, desolación y desesperación.

A causa de estas patologías psíquicas, neurosis y psicosis, surgen en la mente invenciones tales como los dioses salvadores, los profetas, los gurús, los santos, el culto de los héroes, los rituales y la guerra, la guerra de hecho, el matarnos unos a otros.

Esa es nuestra vida.

No la *Vida*, sino nuestra pequeña vida.

Eso es lo que llamamos el vivir, en el cual puede haber un momento de felicidad, un momento de alegría... pero esa es nuestra vida. Y a esa vidita nos aferramos, porque pensamos que *“al menos conozco eso, y es mejor tener eso que nada”*.

Pero *¿qué es la Vida? ¿Qué es Vivir la Vida?*

Uno teme, pues, a vivir como vive y teme a la muerte, a la terminación de algo. Y cuando la muerte orgánica llega inevitablemente, uno la rechaza.

Nuestra vidita es una larga y dilatada agonía de luchar con nosotros mismos y con todo lo que nos rodea. Y esa batalla es lo que llamamos amor.

Es un placer creciente, un creciente deseo con su satisfacción, sexual o de otra clase; eso es nuestra vidita, de la mañana a la noche.

Pero *¿qué es la Vida? ¿Qué es la muerte?*

“A menos que comprendamos el vivir, carece por completo de sentido encontrarle meramente una salida al problema de la muerte.

Cuando uno comprende qué es vivir, lo cual implica terminar con el sufrimiento, con la lucha, no convertir la vida en un campo de batalla, entonces verá que psicológicamente,

vivir es morir: *Morir para todas las cosas cada día, para todas las acumulaciones, de modo que la mente sea una mente nueva, fresca e inocente de día en día.*”

Krishnamurti

Pero esta actitud, esta manera de *Vivir*, requiere una atención enorme y una percepción sensible, sin un solo pensamiento, de instante en instante, de todo el suceder interno y externo.

Pero esta probabilidad de *Vivir* así, que es un estado superior de conciencia, no se puede potenciar a menos que haya una terminación para toda forma de sufrimiento, o sea, para el miedo, y por ende, para el pensamiento.

El pensamiento técnico procedimental, funcional, siempre está bien, tiene su lugar interno y su momento externo; nos permite responder inteligentemente a las exigencias de la vida cotidiana, sin crear emociones.

¡Pero el pensamiento egocéntrico, basado en el pasado y el miedo... debe morir!

Entonces, la mente está por completo quieta, no embotada, no atontada, no ansiosa, no aquietada mediante ninguna disciplina interior. No aquietada, sino quieta, serena, receptiva y perceptiva, sin hacer nada, porque no hay nada que hacer.

Entonces, ¡Vivir es morir!

“Entonces, este vivir y morir implica que no hay muerte sin amor. El amor no es un recuerdo. La Vida, el Amor y la muerte van juntos, no son cosas separadas.”

Krishnamurti

Y, entonces, la *Vida* consiste en *Vivir* cada día en un estado de dicha, de gozo, de éxtasis, viviendo y muriendo, de instante en instante, a Todo.

Y para *Vivir* así, que es un estado del *Ser*, en esa claridad, en esa pureza, en esa inocencia, tiene que haber muerte para ese estado de la mente en el cual siempre existe el centro, el “yo”, el miedo, el sufrimiento, y el pensamiento egocéntrico.

¡Ese pensamiento debe morir!

“Sin amor no hay virtud. Sin amor no hay paz, no hay relación. Esas son las bases para que la mente penetre, sin límites, en esa dimensión donde sólo la Verdad existe.”

Krishnamurti

La propuesta Zen

Para acercarnos un poco a la comprensión de lo que Krishnamurti nos propone, siendo él reconocido por ciertos eruditos como un ser Zen, sin que él lo haya aceptado, ni negado, me permito acudir a la maestra Zen Charlotte Joko Beck, en su libro *“El Zen de cada día*, “página 11:

“Otra manera de practicar, a la que llamo trabajar con todo, Incluye emociones, ideas, sensaciones y sentimientos.

En vez de pretender ya sea deshacernos de este conjunto o mantenerlo alejado de nuestra mente sirviéndonos de éste como muralla, o incluso horadarlo con el poder de nuestra concentración, nos abrimos a él.

Desarrollamos nuestra conciencia de lo que ocurre a cada momento: qué ideas se nos ocurren y pasan, qué emociones experimentamos, etc. En lugar de dirigir la concentración hacia un solo punto, la nuestra es una ampliación de la conciencia.

Lo importante es estar más atentos a lo que ocurre dentro y fuera. Cuando nos sentamos, abrimos nuestros sentidos a la realidad y le permitimos que fluya, sin intentar detenerla, analizarla o ahuyentarla.

Entre más claramente percibimos la naturaleza de nuestras sensaciones, emociones e ideas, somos más capaces de percibir a través de ellas con toda naturalidad.”

Ch. Joko Beck.

Lo inconmensurable!

¿De manera que podemos “percibir la naturaleza de nuestras sensaciones, emociones e ideas, a través de ellas? ¿Percibir qué? Regresemos a Krishnamurti:

“¡Morir para todo dentro de nosotros mismos ¡

Porque el amor es inocente y fresco, joven y puro. Entonces, si han establecido este orden, esta virtud, esta belleza, esta luz en sí mismos, pueden ir más allá.

Esto significa que la mente, habiendo establecido el orden -que no es del pensamiento-, se aquieta por completo, se vuelve naturalmente silenciosa, sin esfuerzo alguno, sin ningún tipo de disciplina.

Y todas las acciones pueden tener lugar a la luz de ese silencio; el vivir cotidiano procede, entonces, de ese silencio.

Y si uno es lo bastante afortunado para haber llegado hasta aquí, entonces en ese silencio hay un movimiento por completo diferente que no es del tiempo, que no es de las palabras, que no es medible por el pensamiento, porque es siempre nuevo.

Es ese “algo” inconmensurable que el hombre ha buscado perpetuamente. Pero tenemos que dar con ello, nadie puede dárnoslo. No es la palabra o el símbolo, que son cosas destructivas.

Para que ello advenga, hemos de tener orden completo, belleza, amor. Por lo tanto, uno debe morir para todo lo que conoce, de modo que su mente sea clara, que no esté torturada, que vea las cosas como son, tanto externa como internamente.”

Krishnamurti

Entonces, para encontrar lo “inconmensurable”, uno debe morir para todo lo que conoce.

Esta muerte psíquica es lo importante, porque nos puede revelar la *Verdad*.

La muerte del cuerpo no es importante, tal vez no existe porque la energía ni se crea ni se destruye, pero se transforma.

Entonces, la muerte del cuerpo podría ser un mito.

Bibliografía

- Textos de Krishnamurti:

- El vivir y el morir.
- Comentarios sobre el vivir I, II y III
- El libro de la vida.
- Sobre la vida y la muerte.
- Sobre la verdad.

- Charlotte Joko Beck. El Zen de cada día.